

CONSUMO Y CORRUPCION

POR

J. GIL MORENO DE MORA...

La llamada economía de consumo es algo muy complejo; por eso es errónea toda simplificación excesiva en su explicación, atribuyéndole una sola causa o factor. Los economistas suelen dar razonamientos técnicos difícilmente comprensibles al no iniciado. Los políticos suelen divagar. Los filósofos vacilan y se dividen en sus opiniones. Al hombre de la calle nada se le da que pueda comprender acerca de lo que es y pretende esta economía de consumo que pocos dominan y muchos deben soportar.

Sin embargo, popularmente, como sucede con la ciencia nuclear reservada a muy pocos, surge una división de opinión muy general: por una parte, hay la reacción de aquellos en quienes predomina el temor perder la situación que han logrado con el sistema, y, por otra, hay la de quienes contemplan con temor como crece la amenaza de una catástrofe, más intuitiva que razonada.

Poco a poco parece que se generalizan, si no conceptos claros, sí unas características visibles para los profanos como yo. Y la primera de ellas es la de que se trata de una economía esencialmente dirigida, donde sólo pueden mandar las grandes potencias del dinero y los Estados siempre tentados por el ansia de extender su intervención a nuevas zonas de la actividad humana. El dirigismo no hay que explicarlo, se palpa.

Gracias a esta característica, la economía de consumo suele ser la doctrina favorita de los miembros de la Administración que la basan frecuentemente en *slogans* políticos tales como el de que "los precios agrarios no pueden ser libres porque son políticos y sociales".

Es lógico que el intervencionismo sea indispensable a la economía de consumo porque es un sistema que prescinde y contradice la

ley de la oferta y la demanda para vencer a la cual son necesarias medidas de fuerzas aunque esta fuerza sea disimulada por muchos medios. También es necesario un manejo de los medios de comunicación que sólo puede otorgar la administración del Estado.

En sí misma esta "superación" de la ley de la oferta y la demanda es otra de las características de este sistema económico y produce una gran complejidad en la lógica necesaria para emprender cualquier negocio. Popularmente se piensa que los únicos capaces de beneficiarse de este sistema económico son, por una parte, las oligarquías del dinero entre las cuales hay que contar potencias económicas como las de los grandes sindicatos u organizaciones sindicales (que según *vox populi* a veces superan mucho la de los propios presupuestos estatales) y, por otra parte, quedan indudablemente los Estados modernos centralistas dirigistas y más o menos totalitarios en su mayoría.

Así se explica la gente que, muy a menudo, los diversos ministerios económicos sean designados y controlados por los ministros de Hacienda y que en las Asambleas Nacionales la participación de la Administración crezca hasta hacerse con su dominio total, Las oligarquías que no podrían ejercer directamente el imprescindible intervencionismo sin grave oposición política, favorecerán siempre el predominio de la administración estatal sobre la representación de la nación y la empujarán a controlar la actividad legislativa en la cual la representación podría poner serias trabas. Las oligarquías saben que el poder que les confiere el dinero les permite pactar con los Estados fácilmente y mediante estos pactos pueden influir en *promover las actividades legislativas* convenientes a sus intereses siempre que el Estado domine la función legislativa y la interpretación de las leyes y de su aplicación mediante Decretos y Ordenes de cuya disposición la Administración tiene la exclusividad y a la que le basta la inaplicación de las leyes molestas para dejarlas inoperantes.

Se comprende que tal situación sea ambicionada por los componentes de la Administración, que así quedan libres de toda instancia superior y acrecientan la libertad de su mando en la zona respectiva de influencia, protegiéndose de la responsabilidad mediante reglamentos que ellos mismos redactan. La economía de consumo se convierte

poco a poco en la tesis oficiosa de la verdadera política asumida por los funcionarios.

Pero otra de las características que percibe el hombre de la calle en esta teoría económica es la del predominio y plusvalía del movimiento dinerario, del "giro" sobre la riqueza. Esto lo percibe claramente en los enfoques recaudatorios adoptados por la Hacienda, como lo percibe cuando contempla los criterios seguidos a menudo en los Bancos para la concesión de créditos, criterios que suelen tener en mucho más los "números" sumados, el "giro" del cliente, que sus mismos bienes y su honestidad. También lo percibe en la danza de millones continuamente ostentada en los medios de comunicación, como lo percibe en cuanto reflexiona sobre la diferencia entre el incremento de las importaciones con el de las exportaciones, y, sobre todo, lo percibe al constatar esos periodos en los que el Estado muestra claro desdén cuando no hostilidad a la "producción", del llamado "sector primario": pesca, minería, agricultura... mientras favorece sistemáticamente al sector secundario que no es sino el de la industria manufacturera o de transformación, llegándose a niveles de verdadero mimo con el sector terciario o de servicios cuyo único soporte es este "giro" dinerario.

Así parece que el "movimiento del dinero" ya ha dejado de ser un medio para convertirse en auténtico fin, importando cada vez menos la riqueza nacional que se compensa con el juego de las importaciones aun a costa del endeudamiento y la inflación, hallando la Hacienda pública mucha mayor ubre en el movimiento que en la riqueza. Es un hecho que, visto el gráfico de crecimiento demográfico y el aumento de los medios utilizables, la riqueza nacional disminuye con rapidez, importando tan solo la imagen de esa renta *per capita* en la que se pueden mezclar tantos espejismos. Por ello, también la mayoría de las industrias de reciente instalación son simples manufacturas que dependen del suministro exterior y que de nada valdrán si por cualquier causa se cortasen las importaciones de materias primas.

Con esto las naciones abonadas al sistema de la Economía de consumo han descuidado durante largos períodos la producción de materias primas sobre las que se echó el baldón de ser símbolo de sub-

desarrollo. Pero la crisis del petróleo, haciendo reflexionar también sobre la marcha a quienes controlan materias primas, como el cobre chileno, los fosfatos marroquíes, el níquel, el aluminio, los piensos, etcétera, acaba de dar un serio aldabonazo a todos esos criterios optimistas de quienes nunca se habían preocupado de la posibilidad de que las importaciones sean seriamente dificultadas o encarecidas, y muchos hombres de la calle se preguntan si dentro de poco no van a acabar mandando esas naciones subdesarrolladas pero poseedoras de la riqueza.

Desde luego las múltiples justificaciones políticas y sociales que se han esgrimido, especialmente desde las cátedras de los planes de desarrollo, no han podido cubrir la perplejidad del pueblo que ve como se critica la proliferación de intermediarios que elevan día a día la diferencia entre el precio del consumidor y el precio pagado al productor, mientras existe un sistemático favorecimiento de esta proliferación a veces hasta obligatoriamente impuesta, como sucede en los mercados centrales, llegándose a la neta prohibición de la venta directa como es frecuente en muchos ayuntamientos.

La única explicación lógica que encuentra el hombre de la calle es que hay en el Estado, cada vez más todopoderoso, intereses importantes para que se multipliquen las manos y pasos por los que ha de transitar cualquier producto, porque cada uno de ellos ofrece así mayor posibilidad de recaudación.

Frente a esta situación el negociante deseoso de triunfar se encuentra ante la necesidad de influir dentro de este complejo mecanismo para lograr favorable acogida dentro de la Administración que controla todas sus posibilidades de éxito. Si logra influencia sabe que no tendrá que preocuparse. Si no la logra está perdido.

Y es que para ser posible el intervencionismo tiene que ser centralista y, en ese momento, la inmensa variedad de problemas y casos particulares obliga a legislaciones de tipo general siempre inadecuadas al caso concreto. Se engendra así un círculo vicioso: cuanto más intenso sea el intervencionismo más variedad de casos concretos tendrá que afrontar, más farragosa tendrá que ser su legislación, más inadecuada también a la variedad siempre renovada, y, por tanto, más quedará en manos del funcionario de turno la posibilidad de

solución que dependerá de la buena o mala voluntad con la cual enfoca el problema.

Y el negociante, deseoso de éxito en su empresa, necesitado de influir dentro de la Administración y sobre el buen ánimo del administrador que le toque, asustado ante la complejidad a la que se ve expuesto, tiende a intentar un recurso fácil para tratar de que se allanen todas las dificultades y abran las puertas más insospechadas: el soborno, llamado por eufemismo de muchas maneras distintas.

Muchos son, sin duda, los funcionarios honestos, pero no suponen un obstáculo, porque bastan unos cuantos en cada departamento para que el sistema del soborno sea posible. El mecanismo ya gira.

Además los sobornos son a menudo imposibles de detectar como en el caso de que el vendedor inscriba en la factura una cantidad mayor que la que cobra del comisionado de compras que se embolsa la diferencia entre lo que paga el departamento para quien actúa. Y esto es cosa que no pueden controlar ni los mismos compañeros del funcionario corrupto que actúa en plena impunidad. Otras veces son departamentos enteros que se corrompen, haciéndose los repartos de los beneficios obtenidos extralegalmente a la luz del día y aunque sea difícil de probar documentalmente. Demasiados hombres de negocios actuales han conocido y practican estas experiencias, porque a menudo sucede que de no prestarse a este juego ya establecido condenan a muerte a su empresa.

Y es que el engrosamiento de las administraciones estatales, provinciales, locales, continuamente creciente para poder cubrir mayores zonas de intervencionismo, dificulta cada vez más el examen de la honestidad de quienes son admitidos y el control de las irregularidades cometidas por las ovejas negras del inmenso rebaño, desarrollándose una picaresca de altura mucho más astuta que la de nuestro Lazarillo y nuestro Buscón, apoyada como lo está en la posesión de estudios y en el dominio de los Reglamentos.

Por un efecto de mimetismo también crecen las administraciones de las empresas particulares, favorecidas igualmente por el apoyo a todos los gigantismos que son propios de la época actual. Las plantillas de las empresas particulares pueden estar tan corrompidas como las oficiales y en muchos casos se ha sistematizado el procedimiento e

incluso ha llegado a ser conocido y admitido por los propietarios y directores de las empresas por lo que la percepción "extra-legal" se hace norma general y pública.

Es curioso que a veces algunos altos cargos sintiendo cierta vergüenza de afrontar directamente estas percepciones, favorecen la corrupción de sus subalternos que son el canal por el que logran emplear el sistema sin dar la cara. Así no son raros los casos en que un portero o un ordenanza sean el hombre clave de la situación. Y esto es un hecho mundial, pues la corrupción es esencial a todos los actuales sistemas económicos.

La corrupción es el lubricante que baña toda la máquina, la corrupción es el único adaptador válido para la rigidez legislativa, la corrupción es el único cauce para sortear la ley sin violarla, la corrupción es la puerta trasera de los Reglamentos, la corrupción es la garantía de impunidad, la corrupción es el único medio de lograr aliados dentro de la ciudadela, la corrupción es la magna panacea universal, la corrupción "es" la economía de consumo por excelencia.

¡Cuántos dan gracias a Dios por tener las posibilidades que ofrece la corrupción! Sí, dan gracias a Dios abiertamente porque las administraciones que la establecen como regla de juego proporcionan, además, un razonamiento para la justificación de la corrupción que hasta los moralistas acaban aprobando. Así sucede, por ejemplo, cuando los Ministerios de Hacienda calculan sus módulos previendo la defraudación. Es lógico que si un impuesto se ha aumentado en un 20 % por prever este margen de defraudación, la persona honesta se sienta robada si paga la totalidad, y, por tanto, obligada a defraudar por el medio que sea en el tanto por ciento dicho. No hay posibilidad lógica por parte de Hacienda de demostrar lo contrario. Y es que es ilícito que los módulos presupongan la deshonestidad del contribuyente sin demostrarla.

Así vista la economía de consumo ofrece un panorama que se prestaría abundantemente al humorismo con aspectos casi de novela de ingenio, si no fuera porque existe otro efecto de la corrupción sobre la masa total de la sociedad,

Es un efecto del que no se habla porque no tiene ya ninguna gracia. Consiste en que la corrupción económica deteriora gradual pero

implacablemente, el concepto del bien y del mal, tanto más efectivamente cuanto más la economía se vuelve un absoluto de la vida moderna. El deterioro del concepto del bien y del mal es un efecto total que se extiende por vasos comunicantes a todas las cosas ya que es el mismo individuo el que, por ejemplo, se casa, hace política y se corrompe económicamente. La corrupción no se deja en la oficina, inevitablemente se lleva a casa, se comunica a los hijos, se pasea por la calle y se mete en el templo. El deterioro del concepto del bien y del mal comienza produciendo la inmoralidad pero concluye en la amoralidad, en la que el delito ya no es ni siquiera sentido. Este deterioro produce entonces la adaptación anímica del pueblo entero, y es una adaptación anímica a la postura de delincuente. Poco a poco naciones enteras se vuelven delincuentes al quedar integradas por personas que delinquen habitualmente.

La generalización de esta mentalidad de delincuente nato queda especialmente por el principio general de derecho de que la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento. Considerado necesario de toda evidencia cuando las leyes eran pocas y vividas en las costumbres, hoy el mencionado fárrago legislativo, consecuencia del dirigismo centralizado, así como el hecho de que las leyes no se viven en las *costumbres* populares y la evidencia de que ni siquiera pueden ser conocidas por absoluta imposibilidad material —y que quién no lo crea se asome a contemplar el Aranzadi y el Boletín Oficial!— de lugar a que casi la totalidad de la población infrinja algo, incumpliendo tal ley sin conocerla, ante un Estado que condesciende a no castigar, sino en casos especiales, esta infracción generalizada.

Temo que, salvo brusco y tremendo cambio, rara vez posible, esta sociedad de seguir así tiene un final al que no podrá escapar: el de su autodestrucción total y definitiva, sobre todo ante el vómito incoercible que sienten ya las jóvenes generaciones ante sus mayores.

Preveo que, de leerme, ciertos sectores de la izquierda se prepararán a frotarse las manos porque he hablado exclusivamente de esta economía de consumo, que algunos han popularizado como el mayor obstáculo con el que ha tropezado el comunismo, y estos sectores de la izquierda, socialistas, comunistas y demócratas, pueden creer que esta es una crítica exclusiva de Occidente.

Se equivocan. He pensado en la economía de consumo porque es la que a mí me toca sufrir, pero quede claro que es un sistema que nace de la misma madre y de las mismas ideas que los sistemas vigentes detrás del telón de acero. Centralismo, totalitarismo, dirigismo, desprecio de la persona, masificación, violación de la ley natural, aplastamiento de la personalidad, dominio de las oligarquías (poco importa que sean estatales, sindicales, o del partido) predominan allí más que aquí. Acaso la primacía en el mundo socialista sea más violenta, más descarada, con más fuerte apoyo político, pero a poco que se medite se ve que el socialismo práctico aun necesita más de la corrupción que el capitalismo liberal, y el mundo rojo está bañado, untado, impregnado hasta la médula de esa corrupción de la que únicamente se salva el más bajo pueblo por su miseria.

Tan seguro marcha el mundo socialista hacia su destrucción como lo hace el mundo occidental. Destrucción desde dentro, por podredumbre de todas las estructuras en el moho universal de la corrupción.

Es un *slogan* estúpido ese famoso del "cambio de estructuras". Las estructuras, sean viejas o nuevas, siempre pueden ser utilizadas mientras no se pudran y estén sanas. La mejor de ellas y la más moderna resulta inútil si lo que la compone es material podrido, corrupto. Inútiles son, pues, los cambios que pretenden una mejora por el mero hecho del cambio, si este no facilita la regeneración del tejido social. Sin esto se producen como resultado hechos como los que registramos a diario al ver que una reestructuración elimine dos organismos y haga nacer veinte más.

Nada en el cambio de las estructuras tiene viabilidad cuando está afectada la naturaleza humana si aquel cambio no es conforme a la naturaleza y con él no se restauran la moral social encarnándola en costumbres. Si no es así en vano se pensarán diagramas perfeccionados y organizaciones complejas, nada valdrán si son anti-naturales y si los hombres, que necesariamente las han de componer, animar y utilizar, son hombres cuyo corazón se ha podrido en esta descomposición general.

Llegados a este punto cabe que se nos diga que ya no hay nada que hacer y que los procesos son irreversibles en el "Viento de la

Historia", que este lubricante de la corrupción se ha hecho fatalmente necesario, dejando sin posible remedio el pesimismo lógico nacido en las reflexiones que hemos hecho.

Alain Peyrefitte ha publicado un libro titulado "Quand la Chine s'éveillera... le monde tremblera", síntesis de los trabajos de una comisión francesa que visitó la China comunista. Muchas sorpresas van saltando de estas páginas sobre un mundo sorprendente y desconocido. El presidente Kue Mo Jo declara cosas como las siguientes: "... lo esencial es pensar BIEN" ... "el presidente Mao ha vuelto del revés la China como un guante. Pero sigue siendo el mismo guante sobre la misma mano" ... "(los valores de base que hemos respetado) son las antiguas virtudes confucianas, continuamos honrándolas, o más exactamente volvemos a empezar..."; y explica a su interlocutor: cortesía, justicia, integridad, dominio de sí mismo, fidelidad a los compromisos, lealtad, justo medio. Del libro surge un país casi inverosímil donde los muchachos deben abstenerse de relaciones sexuales antes de los treinta años y las chicas antes de los veinticinco, donde el maoísmo muy lejos de su aplicación exterior, se convierte en verdadera religión con todos sus atributos, donde el pensamiento se vuelve hacia la naturaleza buscando el sentido común (que muy a menudo no logra), donde un tradicionalismo creciente tiñe todas las actividades. Citamos este caso de un país que tras cincuenta millones de muertos y la imposición de una doctrina marxista sin posible piedad busca a la hora de la verdad su solución en las virtudes tradicionales.

Nuestro Occidente ha hecho una economía "al revés", contraria a sus leyes naturales, ha hecho una moral "al revés", contraria a la idea misma de moral, y una sociedad artificial, montada desde arriba, contraria a la sociedad de los cuerpos intermedios que nacen desde abajo, multiplicando los administradores y los intermediarios, en detrimento de los administrados, y de los verdaderos productores que no son simplemente "los asalariados" sino los que se dedican a una actividad que produce materiales y energía. Se ha pensado muy mal. Se han deteriorado el guante y la mano. Se ha negado todo valor de base que no sea desarrollo material. Se ha ridiculizado la virtud.

Nosotros, que hemos tenido la instrucción cristiana, no tenemos

perdón de Dios si no vemos cual es el camino opuesto al de la corrupción. Bastaría que volviéramos a restaurar el sentido religioso teocéntrico de la sociedad, su orden natural, moral y jurídico, que restaurásemos el tejido social vivificándolo con las costumbres adecuadas para hallar solución al círculo vicioso de la corrupción.

Y urge hacerlo porque la corrupción es panacea universal efectivamente, pero sólo para lograr ... la muerte.

BREVE SINTESIS DE MORAL SOCIAL, NATURAL Y CRISTIANA

FOR

MIGUEL IBÁÑEZ PEREZ

- I. DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA**
- II. PRINCIPIO DE NO CONTRADICCION**
- III. LIBERTAD, DIGNIDAD, RESPONSABILIDAD**
- IV. PROPIEDAD PRIVADA Y BIEN COMUN**
- V. CUERPOS INTERMEDIOS Y PRECEPTO MORAL DE SUBSIDIARIEDAD**
- VI. EL ERROR MODERNO**